

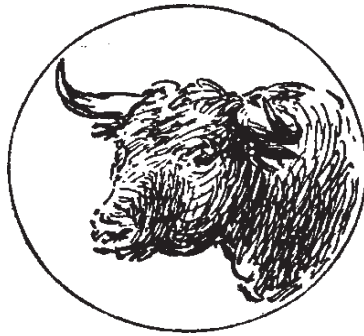


LA
TAUROMAQUIA

LA TAUROMAQUIA

CALLE ITURRINO

LA TAUROMAQUIA



(PARÁFRASIS DE LA FANTASÍA DIDÁCTICA DE
FRANÇOIS PIETRI: «De l' Art Tauromachique»)

CARTA PRÓLOGO DE F. PIETRI
ILUSTRACIONES DE ROBERTO DOMINGO
PORTADA DE FEDERICO ECHEVARRÍA

BILBAO
Escuelas gráficas de la casa de Misericordia.
1945

DEDICATORIA

A Federico Ugalde, Presidente de la Junta Administrativa de la Plaza de Toros de Vista Alegre, que con el entusiasmo de su acendrada afición me estimuló a parafrasear el poema didáctico del gran literato francés Francois Piétri, fervoroso amigo de España.

CARTA - PRÓLOGO
DE F. PIETRI A CALLE ITURRINO

Mon cher ami:

En paraphrasant, de si habile et magistrale façon, la petite fanlaisie tauromachique que je me suis naguère diverti à écrire, à mes rares moments perdus, vous avez fart autant d'honneur à elle qu'à moi même.

A elle, en donnant à cette modeste et inédite leçon, irré-vérencieusement versifiée sur le mode de Boileau, et destinée à l'éducation sommaire des amateurs français, la consécration de la belle prosodie astillane et l'appui de votre talent/ personnel.

A moi en me fa/san/ entrer ainsi plus avant dans la famille des zélés de la «Fête» que je confonds, dans ma chaude sympathie, avec la grande communauté espagnole, qu'il suffit de connaître un peu pour Palmer beaucoup.

Et si notre oeuvre conjointe peut aider, en outre, par ces temps d'infortune, à soulager la misère d'autrui, je n'en serai que plus heureux que vous m'en ayez fourni l'occasion.

F. PIETRI

LA TAUROMAQUIA

Es vana pretensión del no iniciado
en el ritual de la taurina gesta,
erigirse en censor autorizado
de las múltiples fases de la fiesta.

Si el que ocupa un asiento en el tendido
desconoce las reglas del Gran Arte,
si entre la muchedumbre confundido
la popular expectación comparte,
mas del principio al fin ignora el credo
del taurófilo culto, nunca puede
comprender ni apreciar lo que en el ruedo
ante el asombro general sucede.

Si de la «Carmen» de Bizet procede
su vocación, y Merimé le basta;
sí por la dimensión que tenga el asta
valora calidades del toreo

o del toro poder, bravura y casta,
preferible será, cuando el deseo
sienta de presenciar una corrida,
que reflexione bien, cambie de idea,
y a tomar una entrada se decida
del primer «cine» que cercano vea.

Por el sol y la sombra repartidos
hay siempre aficionados numerosos,
y son popularmente conocidos
ciertos asientos de los dos tendidos
sobre los que los rayos perezosos
del astro-rey, que en las alturas arde,
suelen desaparecer a media tarde.

«Sol y sombra», es el grito callejero,
pregón animador y bullanguero
que a la fiesta de toros acompaña:
sombra y sol, gracia y luz; eso es España.

Como las españolas muchedumbres
las de Méjico son; ambas naciones
observan sus taurómacas costumbres
hasta en las más humildes poblaciones.
Aunque se lidien toros junto al templo
se verán los balcones numerados,
y los espectadores, asomados,
de taurómano afán darán ejemplo.
Por otra parte tiene cada Villa
carácter peculiar: Bilbao, severo,
todo indulgencia y comprensión, Sevilla.
Madrid burlón, inquieto y caprichoso
al lidiador exige riguroso.

que se ofrezca al peligro por entero
y sea, antes que artista, valeroso.

Esto dicho, a la Plaza vamos; pero
la ilusión de comprar en la taquilla
un buen día de toros con dinero
quítesete, lector, de la cabeza;
confíate al azar con el torero
y sé un aficionado verdadero,
pues guarda su emoción, gracia y belleza,
este arriesgado sin igual deporte
para los más asiduos de su corte.





A un toque de clarín y en tiempo exacto
comienza esta función sin entreacto.
Seis toros, tres espadas y su gente.
La fiesta que a Barrés apasionara
organizase así generalmente:
otra combinación suele ser rara.
En el palco más amplio y preeminente
sitúanse Asesor y Presidente.
Todo en la Plaza el que lo es, ordena
con precisión, con gravedad, con celo;
nada suele variar sobre la arena
sin que agite en el aire su pañuelo.

Cambia las suertes y cuando es preciso
al matador premioso da el aviso,
o bien si por su acierto es merecida
le concede la oreja de su toro,
supremo galardón de la corrida,
que alguna que otra vez ha sido de oro.

Bovino que a la lidia es destinado,
bravo, cornipotente y ofensivo,
viene a alcanzar el desarrollo ansiado
a la edad en que el otro, el del arado,
robusto semental o buey cautivo,
nos parece un becerro inofensivo.

En las dehesas, las fincas ganaderas,
se cultiva a este rey de las praderas,
el cual tiene como armas de batalla,
cornamenta, poder, vigor y talla,
y entre otras cualidades pastureras,
que se lance al engaño noblemente
y pase en el embroque suavemente.

Becerro aún, pero con más de un año
y antes de que eral sea, del rebaño
se le suele apartar para la tienta,
en la que el ganadero experimenta
si es apto o si no es apto para el ruedo.
Cuando sólo dos hierbas ha pastado (1),
se le llama novillo; es toreado
por imberbes mancebos debutantes
entre los que si hay muchos ignorantes
son muy contados los que tienen miedo.

(1) En el campo francés, hierba y año se equiparan.

Cuatro hierbas pastadas, son bastantes
para que el toro júzguese criado
y por espadas de cartel lidiado;
los que adquirieron tal prerrogativa
al recibir de un diestro consagrado
y con solemnidad, la alternativa.

Sea el toro andaluz o salmantino,
desde que se le tienta de becerro,
sobre su lomo hirsuto o pelifino
de su ganadería lleva el hierro.

Pero, una puerta se abre. Acelerados
empiezan a latir los corazones.
Los dos alguacilillos, ataviados





a lo Felipe IV, en sus bridones
con gemelas monturas ensillados
y resonantes los caparzones,
recorren galopantes el anillo
antes de recoger a la cuadrilla
que ha de hacer el vistoso paseíllo.
¡Deslumbrador cortejo! ¡Maravilla
de tonos y reflejos! ¡Armoniosa
teoría de luz y de colores!
Oro-azul, oro-grana y oro-rosa,
a la cabeza van los matadores.

Y como sigue el servidor al dueño,
detrás, banderilleros, dobladores,
y, jinetes, robustos picadores
tocados del aludo castoreño.

Al final, las mulillas, enjaezadas
con gualdrapas bermejas y caireles
amarillos. Cuando los mulilleros
exciten sus briosas cabalgadas
en el arrastre, de sus cascabeles
el sonoro, apoteósico concierto,
el funeral será del toro muerto.

Desfilan al compás de un pasodoble,
su gentileza y garbo nos fascinan;
ante la Presidencia, con un noble
saludo, todos, al llegar se inclinan.
El primer alguacil, en su sombrero,
recoge, al aire, del toril la llave,



y a un lidiador sin gloria, al «Buñolero»,
se la viene a ofrecer con gesto grave.

De nuevo animador el clarín suena;
otra puerta chirría, y en la arena
aparece tremante, encampanado,
inquieto y retador, el monstruo astado.

De lejos, un peón mueve la capa;
arráncase la bestia, y con destreza
de la embestida peligrosa escapa
y hace doblar al toro la cabeza
al hilo de las tablas. Lentamente
el picador de turno cruza el ruedo,
y al hallarse del toro frente a frente
le cita, vara en alto, con denuedo.
El animal escarba receloso,
mira a diestra y siniestra cauteloso,
y al fin, bajos los cuernos, arremete
contra el jaco. Recíbele el jinete
y, corriendo la mano, el choque aguanta
recargando la suerte. Un buen puyazo
cuando el toro al caballo entra boyante
ha de ser dado en alto y con buen brazo
que sostenga al -buró» y, al «rocinante»;
pero si un matador **es** cosa cara,
un excelente picador, es rara.

A poco que se obstine en este juego,
por escaso que sea su coraje,
cualquier morlaco meterá en trasiego,
aunque no muy lucido; al peonaje.



Y es esta la ocasión, de que un maestro
que se precie de tal, bulla y pelee,
y a la vez eficaz y artista, diestro,
la condición del animal tantea
con metódica lidia, pero amena,
que le ponga en sazón para el alarde
que el gran público aguarda, ¡la faena!,
el supremo atractivo de la tarde.

A preludio tan útil y vistoso
el torero ha de estar siempre propicio,
y si apático, huraño u orgulloso
no se entrega a los quites, dará indicio
de poca vocación y poco juicio.

¡A cuántos reportó nombre y fortuna
su capa juguetona y oportuna!
Pero, ni la verónica. pausada,
ni la ondulante larga afarolada
que arranquen la ovación más delirante,
deben ser objetivo de un espada
que se precie de serio; lo importante
no es que se griten los «olés» a coro:
es conocer y preparar al toro.

Por eso, con razón, la muchedumbre
exige al matador que su capote
recoja, empape, ahorme y que no azumbre,
ni la nobleza del bovino explote:
si puede con seis lances sujetarle,
que no se harte a placer de torearle.





En cuanto a ti, y a tu trabajo, espada, ten presente y no olvides ni un momento, tanto para evitar una cornada como para lograr tu lucimiento, que aunque ha de ser el toro toreado, no debe aprender nunca demasiado. Cuando el toro tres varas ha tomado, o más de tres, si es bravo y muy potente; cuando ya tiene baja la cabeza y cornea sin furia, el Presidente al primer tercio pone fin, y empieza el de las banderillas. Bella suerte, en la que la más nimia ligereza puede al banderillero dar la muerte. Paso a paso y de frente el diestro avanza, y, mientras la creviz del toro alcanza,

con el cuerpo y los brazos, sin capote
para cubrirse, esquivará el derrote.
Tres veces en los lomos doloridos
de la fiera, pondrán dardos floridos,
del matador de turno, rehileteros
a los que hoy esta suerte se confía,
la que ayer codiciaban los toreros
para probar destreza y gallardía,
y de escabel propicio les servía
para escalar triunfantes, los primeros
puestos de la flamante torería.

Ahora, pocos son los matadores
que toman en su mano el garapullo,
y, jugándose todo, con orgullo
revelan ser completos lidiadores.





Y si les toca un animal abanto
que huye hasta de su sombra; errante y ciego,
indiferente a capa, pica y fuego,
ni afrontan el combate. El desencanto
de los espectadores cuaja en gritos
al toro, al Presidente y a los diestros,
hasta que al fin, entre estridentes pitos,
arropan a su hermano los cabestros
que, pacientes, humildes y formales,
se lo llevan enteró a los corrales.

Llega el tercio final; suerte suprema
de la lidia. Solemne, destocado,
avanza el matador hasta el estrado

del Presidente, y la ritual zalema
le tributa. A veces, el espada
brinda el toro a un amigo, a un personaje,
o a una hermosa mujer, que emocionada,
recibe tan espléndido homenaje.
En alguna ocasión, la plaza entera
brindada suele ser. Cae en el ruedo
como prenda de triunfo la montera
y a la res llega el matador sin miedo;
la muleta plegada o extendida,
y la espada desnuda o escondida.
La fiera se le vuelve jadeante
en medio del silencio impresionante
con que se espera el pase de tanteo.





En la cima del arte del toreo
nos encontramos ya. Sirve a esta escena
todo lo que antes sucedió en la arena,
y es esencial que el resto de la lidia
sea preparación de la faena.
Si por incompetencia o por desidia
el matador lo olvida, está perdido.
¡Cuántas veces el público ha creído,
ignorante y banal, que es el torero
algún farsante domador de feria,
y el bruto astado, un animal casero!

La suerte de matar es cosa seria.
Siempre es nuevo, aunque siempre es esperado

el encuentro del toro y del torero.
¿Quién necio, juzgará standardizado
este magno deporte? Improvisada
por regla general es la tarea
que los toros imponen al espada,
pues, ¡qué diablo!, no todos son iguales:
dobla mal uno, el otro corretea,
éste es bronco, aquél mansurronea,
y necesitan lidias desiguales.
Arte heroico y sutil de la muleta:
para bosquejar sólo sus diversos
matices, se precisa una completa
preparación, que no tiene el poeta.





Trataré, sin embargo, con mis versos,
no de cantar sus diferentes fases,
sino de definir algunos pases.
El de pecho es audaz, pero obligado;
lo impone el mismo toro cuando vuelve
rápido al natural. El ayudado
también lo exige el pegajoso astado,
que en un palmo de tierra se revuelve.
Mas si el diestro con él abre la suerte,
juntos los pies y la cabeza erguida, se
denomina pase de la muerte,
porque se arriesga al darlo una cogida.

El toreo de cerca, ¿quién ensaya
con la tremante fiera pavorosa?
El más sereno lidiador desmaya
frente a la realidad formidolosa.
Escuela de suicidas no es la Plaza,
y en ella templa y manda, solamente,
él lidiador genial, diestro de raza,
que logra lo difícil fácilmente;
el inspirado artista verdadero,
aquel que sólo porque sí, es torero.
Este posee la moral robusta
que requieren los pases naturales:
al muletero el animal se ajusta
al pasar embebido en los cendales





dominadores, y dibuja en torno del matador un círculo cerrado. que a veces rompe el rápido retorno de la fiera, y entonces, obligado está el pase de pecho. En el cambiado, el más bello, vistoso y arrogante, con el que al toro al natural se cita, y se cambia al de pecho en el instante del encuentro fatal, se necesita dominio, precisión, vista y denuedo, y además de valor y experiencia, que al darlo, a la Divina Providencia no se le ocurra abandonar el ruedo.

No es un buen muletero, comúnmente,
un estoqueador; inversamente,
un hábil matador no es un artista.
Y veamos los tres puntos de vista
de la suerte suprema. Perfilado
de cerca el diestro, y cuando ya cuadrado
y fija la cabeza, el toro inclina
sus orejas y el hombre le domina,
llega el instante decisivo ansiado.
Con la espada a la altura de la boca
de frente ataca y con la cuna embroca.
Exige el volapié cruzar los brazos,
de la fiera tirar, pesar sobre ella,
y vaciar, para que sus hachazos
posibles no hagan carne. Siempre es bella





la suerte de matar, y si el espada
se atreve a recibir, no hay en la lidia
nada que tanto al público arrebate;
todos los diestros sentirán envidia
del matador que recibiendo, mate.

No va el torero al toro, no se lanza
sobre la cuna audaz y decidido;
alarga la muleta y el pie avanza,
y, luego, espera la embestida erguido.
Precipítase el toro hacia su presa
y en la arrancada el hierro se atraviesa.

Torero que prodigue tal hazaña
no lo registra la taurina historia;

cuando surja en el ruedo, toda España
con emoción pregonará su gloria.

A veces, nada importa que el acero
en lo más alto de la cruz se clave;
firme el rumiante se mantiene entero.

De un estoque bien puesto no se sabe
más que lo que es en sí; su resultado
depende del azar. Si no se acuesta
el animal al ser estoqueado,
al descabello el matador se apresta.
A un primer golpe vertical, preciso,
debe el toro caer; si el diestro falla,
la indignación del graderío estalla en
unánime bronca; y si remiso,
el beluario fracasa en sus intentos,





el Presidente envíale un aviso,
al que siguen, después de unos momentos
de ira popular, inenarrable,
otros dos, que a la escena dolorosa
y al furioso clamor del respetable
dan una solución justa y piadosa.
Al hermano invencido los cabestros
devuelven al corral. Trance angustioso
en el que ven los fracasados diestros
como al llevarse al enemigo odioso,
con el, y con los mansos rodrigones,
desaparecen ¡ay! sus ilusiones.

Me dictó este poema musa austera.
Sólo refleja una pequeña parte,
la más elemental, del egregio arte

del toreo. Lector, inútil fuera
quererte hacer oráculo infalible
de una ciencia en que siempre hay discrepancia,
pues a pesar de hacerla perfectible,
como a todas, el tiempo y la constancia,
la afición siempre encuentra un favorito,
y al cabo de veinte años aún recuerda
que pretirió Belmonte a Joselito,
o de uno y otro con fervor se acuerda.
Pleito antiguo en verdad, común a toda
preeminencia genial, pero que en esta
maravillosa, deslumbrante fiesta,
no debiera existir. Prendas de moda
no son ni la muleta ni el estoque;
complétanse una y otro, forman bloque.
¿Por qué oponer el pase a la estocada?
El dominio del trapo y de la espada
debe ser por igual, y el gran torero
tiene una sola norma en su carrera:
cuajar y embellecer su estilo, pero
no adulterar del Arte la solera.
Ley que dictó Chénier al sentimiento
para unir el presente y el
pasado: cantar con verso
antiguo el pensamiento que
nuestra juventud haya
creado.

EDICIÓN A BENEFICIO
DE LA SANTA CASA DE
MISERICORDIA DE BILBAO

Precio 15 ptas.